





# CONSEJOS, PROVERBIOS E INSOLENCIAS



Joan Fuster

# Consejos, proverbios e insolencias

Traducción de Àngela Elena Palacios

Prólogo de Suso de Toro



H&O Editores



institutió  
alfons el magnànim  
centre valencià  
d'estudis i d'investigació

Título original: *Consells, proverbis i insolències; Poques paraules y D'altres judicis finals*.

Primera edición: abril de 2022

© De los textos: herederos de Joan Fuster Ortells, 2022

© De la traducción: Àngela Elena Palacios, 2022

© Del prólogo: Suso de Toro, 2022

La presente edición ha tomado como referencia principal *Poesia, aforismes, diari, vinyetes i dibuixos*, Volumen I de la *Obra completa* de Joan Fuster, Barcelona, Edicions 62, 2002, Antoni Furió i Josep Palàcios editors.

© De esta edición:

H&O Editores

Breda, 5, ático 2ª – 08029 Barcelona

Institució Alfons el Magnànim

Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

Diputació de València

Corona, 36 – 46003 València

Teléfono: +34 963 883 169

contacte@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.net

Ilustración de la faja: Dani Nebot

Fotografía de la contra: Arxiu fotogràfic de Joan Fuster. AFJF-1049

Diseño de colección: Silvio García Aguirre

Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

Corrección: Marc García García

Impresión: Bookprint

ISBN H&O Editores: 978-84-125118-5-7

ISBN Alfons el Magnànim: 978-84-7822-928-4

Depósito legal: B 6021-2022

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

HAY QUE SER VALIENTE Y RESISTENTE  
PARA SER JOAN FUSTER

Prólogo de Suso de Toro

¿Joan Fuster la figura pública o el individuo? Porque, aunque no recibió la luz de los focos del poder, que institucionaliza, sí que fue toda una figura, porque su voz era altamente disonante y peligrosa. Una figura sin duda disidente.

Tan disonante que sus libros y su figura fueron quemados en una falla en Valencia en 1963, en un indisimulado remedo de castigo inquisitorial por herético. Tan peligrosa que se le hicieron dos atentados con bomba, el segundo con Goma 2 extraída de un almacén del Ejército.

Sus razones puede que no fuesen muy amplificadas por los medios dominantes en España, porque eran molestas, pero sí que recibieron la atención de quienes las odiaban. Y no se llega a recibir esa atención si uno es una persona que carece de voluntad de ser. Fuster tenía voluntad de intervenir en su entorno, y para eso es inevitable transformarse en figura pública.

Si se utiliza el explosivo para liquidar físicamente a una persona es porque esa persona tiene enemigos declarados, luego es un guerrero, y esos enemigos lo consideran temible. Temían a Joan Fuster y querían matarlo. Si sabemos quién lo temía y odiaba, sabremos el por qué, y eso ayudará a entender esa figura.

Desde luego nos hallamos ante alguien que, por voluntad o por necesidad, gasta armadura y máscara guerrera.

Es difícil traspasar armadura y máscara para conocer el rostro y la piel de la persona Joan Fuster. Para conocer eso hay que arreglarse con lo que él mismo contó y dejó que supiésemos, aunque al final puede ser que lo más personal que nos dejara fuese precisamente el contenido de este libro, donde se destila a sí mismo.

En 1983 TVE emitió un programa de la serie *Esta es mi tierra* titulado «El País Valenciano de Joan Fuster». Es decir que en ese momento el autor, que tenía sesenta y un años, era considerado una figura de referencia para hablar de la tierra valenciana, a la que la televisión pública de entonces consideraba «País Valenciano», como así escribía y explicaba Fuster. El autor era una figura de referencia ligada a un lugar.

Y creo que esto es importante para entender tanto la figura pública de Fuster como la identidad de Joan. El referirlo a un lugar, desde el punto de vista del poder, lo limita a lo local, señala que su voz es interesante para sus convecinos, mientras que las voces que son de interés general no se apellidan localmente. Hay intelectuales, escritores locales y escritores de interés general o universal. Limitar a Joan Fuster a escritor local es minorizarlo, cosa completamente injusta en su caso, pues tanto sus temas como su mirada sobre las cosas son de alguien que se relaciona con el mundo y con la cultura europea, ese es su marco cultural, sin complejos y con naturalidad y en la confianza de que donde él vive es su centro del mundo.

Pero es el propio Fuster quien juega también con esa relación entre él y su lugar y hace de ello uno de sus temas, la importancia y el valor de ser de un lugar, porque es un asunto relevante para él. Escribe: «Yo no tengo costumbre, ni afición,



ni necesidad de ir a Madrid. Soy un animal sedentario, y hasta el simple trayecto de Sueca a Valencia —treinta kilómetros justos— me parece toda una aventura. Madrid me queda bastante, muy lejos». Sin duda, hay una parte de pose en ese presentarse ermitaño en provincias. Aún retrata su vida recogida pero autosuficiente explicando que tiene una biblioteca con unos veinte mil libros y un «pequeño tocadiscos» con sus discos y hace algunos viajes.

En la ocasión de ese programa remarca esa relación suya con su lugar, Sueca, cuando dice: «Me siento entre los míos, en mi paisaje entrañable, en mi pequeño mundo de siempre. De todo lo cual me siento solidario». Oyéndole hablar así cuesta imaginar que esa persona ha sido criticada y amenazada de muchas maneras y que su casa ha sufrido atentados y destrucción: dos años antes le pusieron dos bombas que causaron heridos, destrozos y la pérdida de parte de su valiosa biblioteca. Y hay que preguntarse por qué lo hace.

Parece un acto de afirmación de alguien que llegó a un momento de la vida en la que aceptó que lo vivido ya era su destino. Orgullo o fatalismo, o las dos cosas. Y él explica así su situación: «Yo no hago un mérito, o por lo menos no hago un mérito especial del hecho de haberme quedado a vivir en Sueca. Las cosas vinieron rodadas y las acepté con toda naturalidad. En primer lugar hubo unas razones familiares, que me forzaban, y, en segundo lugar, mi temperamento, o mi temperamento poco aventurero, quizá más bien sedentario, que me invitaba a la raíz, a quedarme aquí».

Cuando habla de las «razones familiares» (el hijo único que está al cuidado de sus padres mayores) que lo «forzaban» es evidente que hace un reconocimiento de que se vio obligado a permanecer en su lugar. Con independencia de que

fuese o no lo más adecuado a su carácter, lo cual él afirma que es así.

Y estamos hablando de alguien que vivió del oficio de escribir y quiso hacer la carrera de las letras en un tiempo en el que era casi imprescindible estar cerca de las editoriales, empresas de comunicación e instancias del poder cultural e ideológico, que se encontraban en capitales medianas o grandes.

En los años sesenta, setenta y aún ochenta, además de ser en España los medios de transporte lentos, los medios de comunicación eran la oficina de Correos, el telégrafo y el teléfono. Solamente a partir de mediados de los años ochenta empezó a extenderse el fax, que permitía enviar instantáneamente un artículo de prensa desde un domicilio particular a una redacción de periódico. Es evidente que la circunstancia de Fuster era una limitación desde el punto de vista profesional, y lo situaba en clara desventaja frente a quienes vivían cerca de esos lugares donde residían las oportunidades profesionales.

Y él era muy consciente de eso, y acerca de un asunto tan crucial se expresa así en el mismo programa: «Han pasado los años, tuve ya unas facilidades para empezar sin necesidad de hacer la maleta y marcharse a Madrid o a Barcelona para avanzar, para trepar, en la carrera del jornal y del prestigio y aquí me siento muy bien». Debo matizar que cuando dice «para trepar» el rostro se abre en amplia sonrisa con mueca de fumador perpetuo, amplificando el sentido y la importancia de las palabras. Sí, Fuster aquí dice algo esencial para él, algo sobre cómo él está limitado para la carrera literaria por vivir lejos de los centros de poder. Dice de su situación de desventaja con un deje de sarcasmo, de inevitable amargura.

Desde luego su situación es la de cualquier otro escritor que viva alejado forzosamente de los centros de poder de su

ámbito: Joan Fuster está condenado por su lugar de residencia a ser periférico a esos centros. Pero hay otras razones, tan importantes o más que esa, para hacer de él un marginado o minorizado.

Una de ellas es que, aunque su obra periodística es mayoritariamente en castellano, su lengua literaria es el catalán, cosa que entonces, y aún ahora, es un obstáculo para ser reconocido como un escritor español. Pero además, siendo escritor en catalán, y defendiendo la pertenencia lingüística, cultural y aún histórica y política a los «Països Catalans», él era valenciano. Es nuevamente periférico al ámbito en que se sitúa.

Y, siendo valenciano, su posición es minoritaria dentro de su propio País Valencià, donde un anticatalanismo radical tenía y tiene fuerte asiento. Esa interpretación histórica y política que él hace de su tierra lo hace minoritario y lo sitúa definitivamente en un lugar muy vulnerable dentro de la propia Valencia.

Bastaría su apartamiento vital y su opción lingüística y cultural para hacer de él un escritor destinado al fracaso. Pero aún hay otra característica suya que lo hace prácticamente inasumible por la ideología y el sistema cultural establecidos: es un crítico iconoclasta del casticismo españolista. Y lo es, además, de forma frontal y demoledora: con sarcasmo.

Su diagnóstico sobre la España que le toca, a la que él prefiere referirse como la piel de toro, la «*pell de brau*» de la que el poeta catalán Salvador Espriu había hecho un símbolo histórico y dramático, para que se le hiciese más asumible: «(...) ocurre que la humanidad hispánica, a trancas y barrancas, sin confesarlo tanto como desea, trata de abandonar su tradicional residencia en las cuevas de Altamira».

En sus escritos de prensa no ahorra pólvora, pero el blanco preferido de sus disparos no es tanto la sociedad española en

su conjunto, que también, como los creadores de su ideología y sus mitos. Y, aunque en ocasiones matiza y se refiere con respeto a figuras como Américo Castro, al final, con su espíritu polémico, agrupa nombres y se lanza: «Y el futuro que quisieron preparar Menéndez Pelayo, Unamuno, Menéndez Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz y Américo Castro, por encima y por debajo de las apariencias, tiene mucho en común». Unamuno es su blanco preferido, pero Salvador de Madariaga le anda muy cerca en esa querencia, y tampoco escapan el profesor Aranguren o Tamames. En sus críticas se mezclan de modo difícil de discernir la agudeza intelectual con el ingenio y la elocuencia que lo arrastran.

Tras la crítica previa a la ideología subyacente en los historiadores, escribe: «Pienso que la única persona capaz de acometer la empresa con una notable garantía de seguridad era don Ramón del Valle-Inclán. Y que nadie lo tome a broma. Las páginas de Valle sobre Isabel II, sus espadones y su sor Patrocinio, sobre los diversos don Carlos y sus curas Santa Cruz, sobre Prim y su Revolución de Septiembre, valen un Perú. La “historia” del rabo de Europa que habitamos es, en realidad, “valleinclanesca”. Toda la conocida y probablemente toda la por conocer. Contra lo que imaginaban Soldevila y Vicens, la “Historia de España” se ha de escribir desde Madrid. Pero por Valle-Inclán». Si el diagnóstico es desolador, lúcido o ambas cosas cada quien dirá.

Fuster es un intelectual puro, que se mantenía, y probablemente disfrutaba de hacerlo, sumido en una crítica perpetua, en parte seguramente por su carácter pero también por sus ideas, que no encajaban en la realidad que lo envolvía. Su dialéctica crítica y su ingenio cáustico, sus disparos irónicos en todas direcciones, es difícil que no nos acaben alcanzando

a todos, y creo que terminaron dañándolo a él. Frente a lo que él denomina «la carcunda», con lenguaje decimonónico, se define como «un liberalote arcaico y sin reservas», con ese mismo lenguaje arcaico. Es un intelectual atrapado en la dialéctica contra el pensamiento reaccionario que entonces era dominante. No sé ahora.

Pero su ironía alcanza también a mitos literarios de su tiempo, sean Lukács, Henry Miller o los historiadores que se definen de izquierdas y comparten ideología casticista con los de derechas.

Joan Fuster seguiría siendo hoy día una voz muy incómoda e inasumible, porque sus escritos polemizadores son prosa para intelectualmente valientes.

Él confiesa «un deliberado énfasis polémico» porque desea réplicas. «De hecho la intención es obligar al lector a reflexionar sobre unos cuantos temas, vidriosos y estimulantes, que, por lo general, me parecían alevosamente silenciados o confundidos por unos y por otros. Eso me obligaba, en cierto modo, a adoptar un ligero desenfado en la expresión». Y la lógica consecuencia de esa dialéctica con el lector es que Fuster desee que sus «artículos de referencia sirvan para facilitar la otra polémica, la polémica de quien me lea consigo mismo, a partir de mis planteamientos».

Naturalmente sus opiniones no tuvieron lugar en la prensa madrileña, aunque sí en alguna prensa local valenciana y en la de Barcelona, donde dejó su mirada tan personal y original sobre todo tipo de temas, de la literatura a la sociología cultural.

Fuster se ganó la vida con ese tipo de prosas, pues vivía profesionalmente de la escritura y era muy consciente de cómo eso limitaba su figura de autor. Lo que le permitía económicamente vivir lo condicionaba y orientaba su obra en

una dirección muy determinada. Atrás quedaron la poesía y sus intentos de novela, caminos ensayados y abandonados. El conjunto de su prosa periodística o ensayística, como su libro más famoso, *Nosaltres, els valencians*, fueron una intervención cultural e ideológica de primer orden, y con todo su peso casi no dejaron espacio o tiempo para ensayar otras formas de expresión más personal, o subjetiva.

Cuando Fuster escribe, con admiración absoluta, sobre Paul Valéry, también se ausculta a sí mismo y, comparando, piensa en su propia situación: «Valéry, hombre de “palabra pura”, tuvo que ser hombre de pocas palabras. Naturalmente. Pudo ganarse el jornal sin llenar demasiadas cuartillas al cabo del año, y, en consecuencia, las pocas que confeccionaba alcanzaban un nivel sublime. (...) Pero el mismo Paul Valéry, sin ayuda de costas, (...) hubiera sido bastante menos “puro”. Afortunadamente, alguien le pagaba».

Por eso lo que él mismo escogió para este libro es lo más querido, lo que está a salvo del deber ético y los deberes del oficio, lo gratuito. Aquí nos ofrece lo que escribió fuera de su agónica vida de escritor público.

Sin duda están la agudeza, el aserto ingenioso, el humor paradójico, la ironía que empieza en la autoironía, la inevitable provocación descarada, la inteligencia disfrazada de banalidad, la referencia literaria envuelta en papel de periódico... Pero también está lo que difícilmente cabe en el artículo de prensa, la amargura del pensamiento, la soledad asumida, las mínimas confesiones de un ermitaño irónico y dolorido que afirmó su existencia dando golpes a su propia sombra, agotadoramente.

SUSO DE TORO

## PRESENTACIÓN

Los papeles —exactamente, papelitos— que colecciono en este libro, escasas escurriduras o notas marginales a otros escritos más extensos, tienen la pretensión de acercarse a la vieja y acreditada fórmula del aforismo. Confieso que en el propósito hay una voluntad de juego muy determinada. Las ideas que expongo aquí obedecen, claro está, a convicciones más bastante severas y sostenidas, y sobra decir que las presento al lector sin pedirle condescendencia ni complicidad. Mas en los últimos años he sentido la tentación intermitente de probar el estilo conciso, afilado, aparentemente apodíctico, de los maestros sentenciosos. Puede que yo sea demasiado escéptico, y a la vez demasiado amigo de los matices, como para que este tipo de retórica me sea propicio. De todas formas, no he querido privarme de la satisfacción de ensayarlo. Aquí van, reunidos un poco al azar, los resultados de la aventura. Datable entre 1950 y 1960, no es de extrañar que en ellos haya más de una contradicción: no me excuso. Como tampoco buscaría disculpas si en algún momento mis palabras —o los conceptos que encierran— recordaran a algún que otro pasaje de tal o cual autor. Esto y aquello son riesgos del oficio. Hace tiempo, además, que han dejado de agujionarme los fantasmas de la

coherencia y de la originalidad: creo que el hombre —cada hombre— es siempre coherente y original, incluso *malgré lui*, y no vale la pena angustiarse por ello. Solamente me preocuparía, en última instancia, que el laconismo obligado o la poca maña de algunas frases dejaran al lector más perplejo que persuadido. Si hay algo que me repugna, es parecer sibilítico o confuso. Confío, no obstante, en que, cuando alguien no acabe de adivinarme en el sentido justo, todavía le quede la posibilidad de inventarse una interpretación benévola. Lo aceptaré como una penitencia.

Las líneas anteriores, firmadas el 8 de septiembre de 1960, encabezaban la edición que de los *Juicios finales* me hizo, en ese mismo año, la Editorial Moll, de Palma de Mallorca, dentro de su Biblioteca Raixa. Y he creído necesario reproducirlas aquí, a modo de aviso y de prevención, porque los *Juicios finales* forman parte del presente volumen y porque se me hacen de nuevo imprescindibles, al pie de la letra, en esta nueva oportunidad. La pequeña fantasía verbal del aforismo me ha seducido siempre —para ser más exactos: de vez en cuando—, en medio del trabajo adusto de cada día, y no he sabido resistirme. A fin de cuentas, no es más que un vicio inocente, inocentísimo. Con los *Juicios finales*, le di al público una primera antología, más o menos bien articulada. Hoy reincido: *Proposiciones deshonestas* es otra antología. Ya que estas, por así decirlo, “selecciones” nunca pueden ser muy densas, publicar las *Proposiciones deshonestas* sin ningún acompañamiento apenas habría proporcionado material para un opúsculo de discutible cotización en librerías. He pensado, por tanto, que no estaría mal sumarles los *Juicios*, que ya son inencontrables en el



mercado y que a lo mejor —quiero albergar la ilusión— todavía pueden tentar a algún que otro comprador. Todo ello, en efecto, se prestaba a confeccionar un libro de grosor normal, que es lo que el lector tiene entre las manos: le pongo el título de *Consejos, proverbios e insolencias* porque algún título le tenía que poner, y adiós, muy buenas. Por un instante, sin embargo, he sentido algunos escrúpulos: en este momento yo no me sentiría capaz de suscribir muchos de los “juicios” incluidos en los *Finales*, y el hecho de reeditarlos, ahora, *motu proprio*, equivaldría a una ratificación, a una convalidación. De todos modos, he tirado por la calle de en medio. En definitiva, si me desdecía y lo corregía, tampoco arreglaba nada. Es la vida...

Josep Pla, en el *homenot* que me dedicó, consideraba que los *Juicios finales* eran como una especie de “despedida”, de liquidación de existencias o de esparcimiento liberador, situado en la frontera de mi juventud. Yo no me atrevería a negarlo. Pero, al menos, el “molde” expresivo —el aforismo— no tendría nada que ver con eso. Reconozco que, a menudo, en su larga y restringida tradición, la aforística da la impresión de “candorosa» o de “cínica”. A lo mejor lo comporta la misma estructura del género: su carácter de enunciado taxativo, rotundo, recortado, que fuerza a decir las cosas con una rapidez expeditiva y con un acento radical poco susceptibles de conducir las palabras a una función conceptual impecable. En todo caso, la dosis de puerilidad y de desvergüenza que haya en los *Juicios finales* deberá apuntarse a mi cuenta. Y temo que el tono de las *Proposiciones deshonestas* sea muy similar. No he hecho ningún esfuerzo por evitarlo: que conste. He rehuido cuanto he podido la imprudencia de convertir el aforismo en mero ejercicio de ingenio, y cada anotación tiene —o creo que tiene— un fondo de gravedad experimentada a conciencia. Hay una parte

de “juego”, lo repito. Pero solo esa poca que era necesaria. Ahora bien: el resultado, ¿cómo no habría de traducirse, a veces, en apariencia de candor o de cinismo? Son observaciones, reflexiones y admoniciones expuestas en crudo, sin premisas ni corolarios que ayuden a demostrarlas o a justificarlas, y su aislamiento les da una arista agresiva, con la cual, por cierto, la frase tiende autónomamente a producir un “efecto” no siempre previsto por el autor. Este “efecto” será, unas veces, de obviedad pura y simple, en perjuicio de una intención implícita, más compleja: otras veces, será impertinencia procaz, y ese tampoco era el propósito. Aparte de, sobra decirlo, la impertinencia y la obviedad que son deliberadas...

Todo el mundo segrega “aforismos”, de vez en cuando, y posiblemente sin querer. En la lectura de cualquier escritor, solemos tropezar con cláusulas redondas, centelleantes, que, sacadas de su contexto, podrían pasar por máximas, sentencias, apotegmas o moralidades de la especie más típica. Con el correspondiente tintineo “candoroso” o “cínico” incluido. En algunos países, los editores hacen antologías, que tienen Dios sabe qué usuarios —desde el que busca “citas” para su pedantería al que solo aspira a encontrar un entretenimiento estimulante—. Pero, además, está el escritor que, a ratos, se propone el “aforismo” como un expediente de comunicación. ¿No ha habido poetas especialistas en sonetos, en epigramas? En realidad, el aforismo no es más que un epigrama frustrado. La literatura francesa abunda en vocaciones de esta clase, y en la lista de los técnicamente llamados “moralistas”, la mayoría son de la familia: tanto valen Chamfort o La Rochefoucauld como Paul Valéry o Jules Renard, Joubert como Jean Rostand. Nietzsche era una máquina de hacer aforismos muy eficiente, y como él otros filósofos, antiguos y modernos, se han aplica-

do con una relativa insistencia. Entre nosotros, en cambio, la afición no ha sido muy difundida. El gusto por el *mot d'esprit* sí que tuvo, en la Barcelona del *Modernisme*, una amplia penetración, pero más como trámite oral que como prueba de escritura. Y aun así, esto corría a cargo de los profesionales del humor. Puede que solo sea digna de memoria una colección de Santiago Rusiñol, sonriente y fácil. Eugeni d'Ors también fue propenso, aunque sus aforismos eran más bien consignas de cuño contundente. Y el señor López-Picó. Y... No pretendo hacer el inventario. Pero el conjunto no debe de ser muy abrumador. Es una lástima, si bien se mira. ¿O no?

A mí, personalmente, el aforismo me ha atraído desde que era niño. Y, sin duda, el origen de esta inclinación no me costaría nada identificarlo. En mi casa, cada año, adquirían un taco calendario de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y fui acostumbrándome a leer, cada día, la lección abreviada de moral o de dogma que, en cada hoja, entre el santoral y la noticia de las fases de la luna y el horario de la salida del sol, distribuían los padres de la Compañía de Jesús. Ya no recuerdo qué decían aquellos papeles —«exactamente, papelitos»—: supongo que recomendaban la castidad, el amor a Dios, la paciencia, la humildad, la discreción. *El Mensajero del Corazón de Jesús* ¿qué otra cosa podría recomendar? Y no es que aquello llegara a interesarme, ni mucho menos. Pero, en aquella época, no tenía a mi alcance nada más para leer, aparte de los libros escolares o algún tebeo esporádico. Hace treinta y cinco, cuarenta años, los tacos calendario de manufactura clerical —mis padres eran personas bastante devotas y los compraban— servían a su público una ración cotidiana de “pensamiento”: dos o tres líneas debajo del número del día y la indicación del mes y del día de la semana. Al dorso de la hoja había anécdotas históricas,

chistes predominantemente baturros, recetas de cocina, adivinanzas, pasajes del Evangelio, “curiosidades científicas”. Tal vez era un recurso de apostolado que entonces se estilaba. Yo solamente leía la cápsula de “doctrina” que figuraba en la portada. Mi primera infancia quedó deslumbrada. De niños, cualquier cosa nos deslumbra. Para mí, las trivialidades y las exhortaciones fervorosas de *El Mensajero*, condensadas e incisivas, constituyeron una verdadera seducción. Cuanto más lo pienso, más claro veo que mi reincidente complacencia en el aforismo tiene esta causa remota y estúpida.

O no tan estúpida, al fin y al cabo. En última instancia, lo que yo envidiaba o admiraba en el anónimo jesuita redactor del calendario era la garantía de ser leído cada día por alguien, en muchas, infinitas casas como la mía. Una lectura que no duraba más que unos segundos, pero regular y esperada. Sospecho que mi primera ilusión literaria fue esta: escribir “frases” para calendarios. Y todavía no me he desembarazado del todo de ella. De hecho, mis aforismos no son más que eso, “pensamientos” destinados a hojas volantes, domésticas, insignificantes, de consumo indefectible. Mejor dicho: no quieren ser más que eso. Sin darme cuenta, tal es el uso al que los veo asignados. Pero no quiero engañarme: esto no deja de ser una conjetura gratuita, estrictamente inútil. La verdad es que nunca he pensado seriamente en escribir “para calendarios”. Las circunstancias y el oficio me han dirigido a otras plataformas de publicación, más minoritarias o, al menos, distintas. También el “tema” de mis especulaciones era, o se volvía, por eso mismo, inviable para un calendario, y, por tanto, para la atención de un domicilio común y corriente. Era una fatalidad, de la que no podía ni puedo escapar. Pero la “rutina” de los aforismos se me ha hecho entrañable. Al menos, a temporadas. Y no llego a superarla.

Soy consciente de que los libros como el que ahora ofrezco al lector nunca podrán ser “digeribles” a la manera que lo son una novela, un poema épico, una monografía erudita o un tratado de teología. Un paquete de aforismos demasiado grueso no admite una lectura seguida. Fatiga. Fatiga, probablemente, por su misma dispersión intelectual, por su apertura sincopada, por el complemento de meditación que pretende demandar... Añooro el calendario. Y, a fin de cuentas, tampoco esta acumulación de “consejos, proverbios e insolencias” va más allá.

JOAN FUSTER

Sueca, 17 de septiembre, 1967



## JUICIOS FINALES





## LOS PREJUICIOS

Está escrito: «No juzgues, si no quieres ser juzgado» (o tal vez: «No juzgues, y no serás juzgado»); no me acuerdo). Bien. Sin embargo, y de cualquier modo, según parece, seremos —ya lo somos— irremediabilmente juzgados. ¿Por qué, entonces, privarnos ahora del gusto de ir juzgando a los demás por nuestra cuenta?

\*

Ya conocéis el célebre aforismo griego: «Joan Fuster es la medida de todas las cosas».

\*

Propugno la suspicacia metódica, no obstante.